

Precio 15 céntimos



ARTISTA DRAMÁTICA



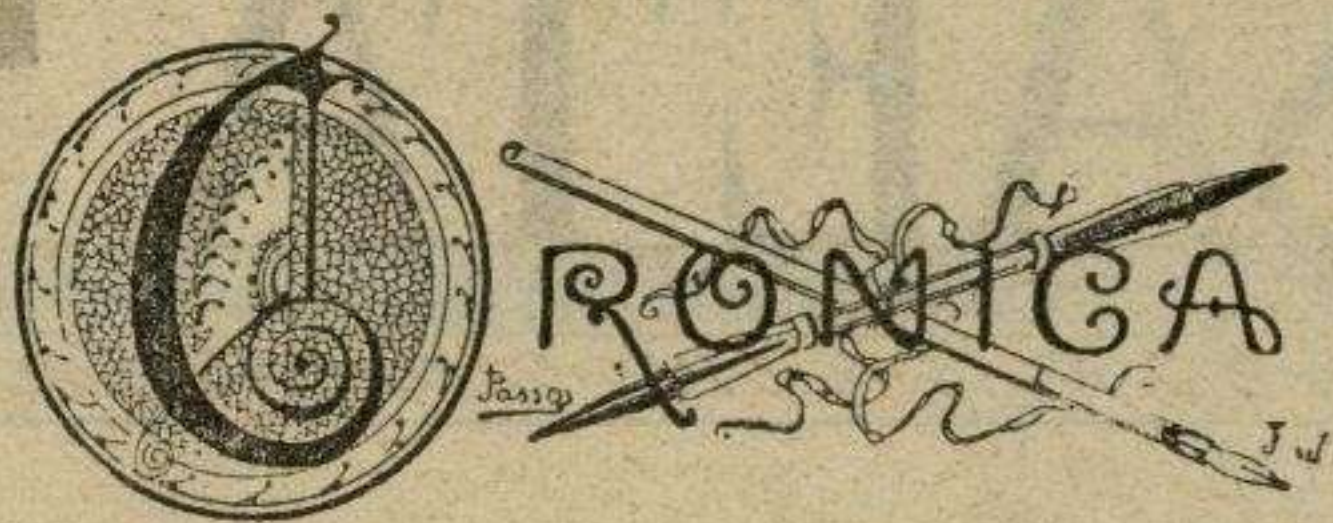
Sarah Bernhardt.

LA SAETA

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5. — BARCELONA.

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

España y Portugal, trimestre. . . 2 ptas.
Cuba y Puerto-Rico, semestre.. 5 »
Extranjero, semestre.. . . . 6 »



La *caza del oso* que se representa con gran aplauso en Barcelona, es nada menos que un cien-piés, y nos ha estrañado el bombo que la ha dado el Sr. Molas y Casas en complicidad con algunos *journalistes* barceloneses.

El crítico de *El Demócrata* de Madrid, Salvador Canals, ha comenzado una campaña contra el mal gusto que reina en el público, y es preciso que le secundemos todos los hombres de buena voluntad.

Laméntase el citado crítico de que la noche que se dió en Madrid *Las personas decentes* á beneficio de D. Enrique Gaspar, que es un autor de veras, se viera el teatro desierto. En cambio, ¡la misma noche se dió el beneficio en otro teatro de los autores de *La caza del oso* y hubo un lleno, y los aplausos están resonando todavía.

Juzgando este desatino, dice el señor Canals con mucha razón:

«*La caza del oso* significa el rebajamiento del teatro, por ser compendio de todos los disparates anti-artísticos y de todas las tristes arideces de esos ingenios consagrados á la explotación de los teatrillos de menor fuste. No son ranas seguramente Eusebio Sierra, ni José Jackson, ni el compositor Chueca; Sierra ha conquistado en buena lid nombre de ingenioso. Jackson háse acreditado en ocasiones de temperamento delicado y correcto. Chueca goza fama merecida de inspirado intérprete, con las notas del pentágrama, del espíritu popular; mas en esa producción desdichada han abjurado los tres de todos sus méritos no eximios, hasta vulgares si se quiere, pero méritos al fin, para ponerse humildes al servicio de ese nihilismo embrutecedor que impera sin trabas en los teatros por horas, y que bien pudiera llamarlos con frase *sanchezca*, ya que no *cervantesca*, teatros por regüeldos.»

No tienen la culpa, repetimos, los autores, de la perversión del gusto. Ellos sirven lo que pide el público y lo que exige el danzante del empresario, que á fuerza de bombos y telegramas y otros ridículos escesos, consigue llamar la atención sobre lo que no debiera.

Hoy es una mujer que canta como un becerro, pero que en cambio está bien formada; mañana es una banda de cornetas; otro día acaso será una banda de secuestradores.

El empresario fuma, el público escupe, y los autores hacen de cigarro.

¡Qué pena nos dá ver á los ingeniosos autores de Madrid rebajarse á hacer el papel de exhi-

bidores de monos y cómicos sabios!

Hay que dar duro y en los nudillos. Siga Salvador Canals en sus trece, que no faltará quien le secunde.

* *

El doctor Krepell (muy señor mio y mi dueño) ha averiguado que los que beben alcohol se vuelven muy charlatanes.

Eso será en Alemania; aquí no hay necesidad de beber para hablar por los codos. En el Congreso darán razón. ¡Dios mio, y cuántos sacamuelas hay allí!

En cambio, dice el citado doctor, que el té dificulta la verbosidad, pero aclara el pensamiento.

¿Bebe V. alcohol? Pues tiene V. chorro de palabras ¿Bebe té? Pues tartamudea V. con la lengua, pero se le despejan las ideas.

En vista de esto ¿á quién vamos á recetar el té? Pues al compañero Cánovas, al idem Quejido (¡ay!), á Iglesias, á Romero Robledo, á Fabié, á Carulla y al Sr. Tort y Martorell, nuestro diminuto amigo.

¡Ideas, ideas! —diremos á los hombres que nos gobiernan.

¡Ideyas, ideyas! clamaremos á los compañeros, para que nos entiendan mejor.

El mundo va á perecer por la palabra, estimulada por el alcohol. ¡Hora es ya de que venga el té á poner un remedio necesario!

Por lo que toca á España, pedimos que en todos los *meetings*, Ateneos, Sociedades y Cuerpos legisladores se ponga una taza de té al alcance del orador, en vez del vaso de agua que ahora se emplea.

Así nos ahorraríamos la mar de discursos inútiles.

No estaría de más tampoco que los escritores tuvieran constantemente á su lado una taza de té. Con eso nos hubiéramos ahorrado todas esas consultas que sobre el socialismo nos han dado en *El Liberal* todos los hombres conspicuos de la nación

Y no hubiéramos tenido la segunda edición del proceso Varela, con el plausible motivo de las manifestaciones del 1.º de Mayo.

Porque el 1.º de Mayo ha sido otro crimen de la calle de Fuencarral para los periódicos. ¡Y cómo lo han explotado!

Nada, té, mucho té es lo que hace falta á los españoles.

* *

En Cadiz fué asaltado un transeunte por un bull-dog que le infirió 14 heridas graves. Los dueños del perro dieron un duro á la víctima porque se callase y además *le cataron las heridas*, poniéndole aceite frito con pelos del mismo perro, remedio infalible, según ellos, para curarse.

Pero resultó que el mordido no pudo soportar los dolores de aquella freidura y dió parte, pero sin devolver el duro. El juzgado interviene en el asunto.

¿Cómo se conoce que los dueños del bull-dog

gaditano son cosa de poco más ó menos? Ahí tenemos al general Pando, en Madrid, que tiene dos mastines que casi han devorado á un infeliz chiquillo.

¿Qué se ha hecho contra el general Pando y sus perros? Los periódicos no dicen nada; lo que nos hace suponer que el niño habrá muerto, los mastines seguirán mastines, y el general Pando continuará tan tranquilo esperando que le hagan Capitán general de Cuba.

Esto no es equitativo. Si al general, dueño de los dos mastines, le mandan á Cuba para regirla, al amo del bull-dog de Cadiz le deben nombrar Capitán general de Filipinas. Es lo que corresponde á un perro.

¡Es triste gracia que en España no se pueda salir á la calle sin tropezar con un timador, un agente de policia, una mujer bonita ó un perro que le hace á uno pedazos!

¡Que vivimos de milagro, ea!

ELIDAN.

Á LA VIRGEN DEL PINAR

(El que va á la romería se arrepiente al otro día.)

I.

—¡Por Dios, madre!

—¡No, hija, no!

¡Ya te he dicho que no vas!

—Pero ¿porqué no he de ir yo como todas las demás?

—Tenemos mucho que hacer.

—Pero una tarde siquiera...

¡Hoy es fiesta!

—¿Qué ha de ser?

—¡Bueno, como si lo fuera!

Nadie, desde el mediodía, trabaja hoy en el lugar.

¡Cómo que es la romería de la virgen del Pinar!

¡Yo siempre devota fui de virgen tan milagrosa!

—No es la virgen lo que á tí te llama, sino otra cosa.

—¿Otra cosa?

—¡Sí, tontuela!

La causa de tus antojos es Antón el de Manuela...

¿Lo ves? ¡Ya bajas los ojos!

—Pues ¿á qué ocultarlo ahora?

¡Me gusta mucho ese chico!

—¿Y él te quiere?

—¡Sí, señora;

—¡Tú tan pobre y él tan rico!

—¿Y eso qué importa?

—¡Inocente!

¿No ha de importar, hija mía?

—Pues ayer tarde en la fuente me dijo que me quería.

Que soy su dicha, su amor; que en mis ojos se miraba.

Y cogiéndome una flor que yo en la mano llevaba,

me juró, dándola un beso, que es su amor firme y constante.

Me parece, madre, que eso es ya decirme bastante.

—¡Decir!... ¡Decir!... ¡Qué ilusión!

—¿Duda usted?

—Dudo, Maria.

Esas promesas de Antón son pura palabrería...

—¡Pero, madre!

—¿Te incomodas?

—¿Pues no me he de incomodar?

—Te dije á tí lo que á todas las muchachas del lugar.

No fies, hija, en su amor,

que por voluble y liviano

durará lo que la flor

que llevabas en la mano.

¿Lloras?

—¡Llorar no quisiera!...

—Pues yo un deber considero...

—¡Ay madre, si usted supiera

lo mucho que yo le quiero!

Y él me quiere, no mentía,

que cuando la flor besaba,

¡si usted viera, madre mía,

de qué modo me miraba!

Y aunque es rico, y aunque sea

suyo el cortijo, de fijo

nadie dirá que por fea

no merezco yo un cortijo.

—¡Dices bien, que eres hermosa

y buena como ninguna!

—Pues ceda usted cariñosa...

No se oponga á mi fortuna...

Antón ayer me citó

para hoy en la romería...

—¡Pues... vé! No digas que yo...

—¿Es de veras?... ¡Qué alegría!...

¡Un abrazo!... ¡Qué placer!...

¡Ay, madre!...

—¡Qué tonta eres!...

—Adios, me voy á poner

de veinticinco alfileres...

—¿Y con quién vas?

—Con Fernando

y con su hermana Vicenta.

¡Si ya me están esperando!

¡Ay madre!... ¡Estoy más contenta!...

—Piensa en el refrán, Maria;

no olvides en tus afanes:

«que el que va á la romería

se arrepiente al otro día.»

—¡Quién se tía de refranes!

II.

—¿No has dormido nada?

—¡No!

—¿Llegaste cansada?

—¡Sí!

—Pues cuenta, ¿qué te pasó?

Pero ¿lloras?

—¡Ay de mí!

¿No he de llorar, madre, al ver

lo que no pude esperar?

¡Qué desengaño el de ayer

en la virgen del Pinar!

¡Llegué, y allí estaba Antón

y ni me miró siquiera!

¡Ay, madre!

—¡Si es un bribón!

—¡Burlarme de esta manera!

Con todos fino y atento

y conmigo indiferente!

¡No se acordó ni un momento

de lo que me habló en la fuente!

Sus amigos se reían

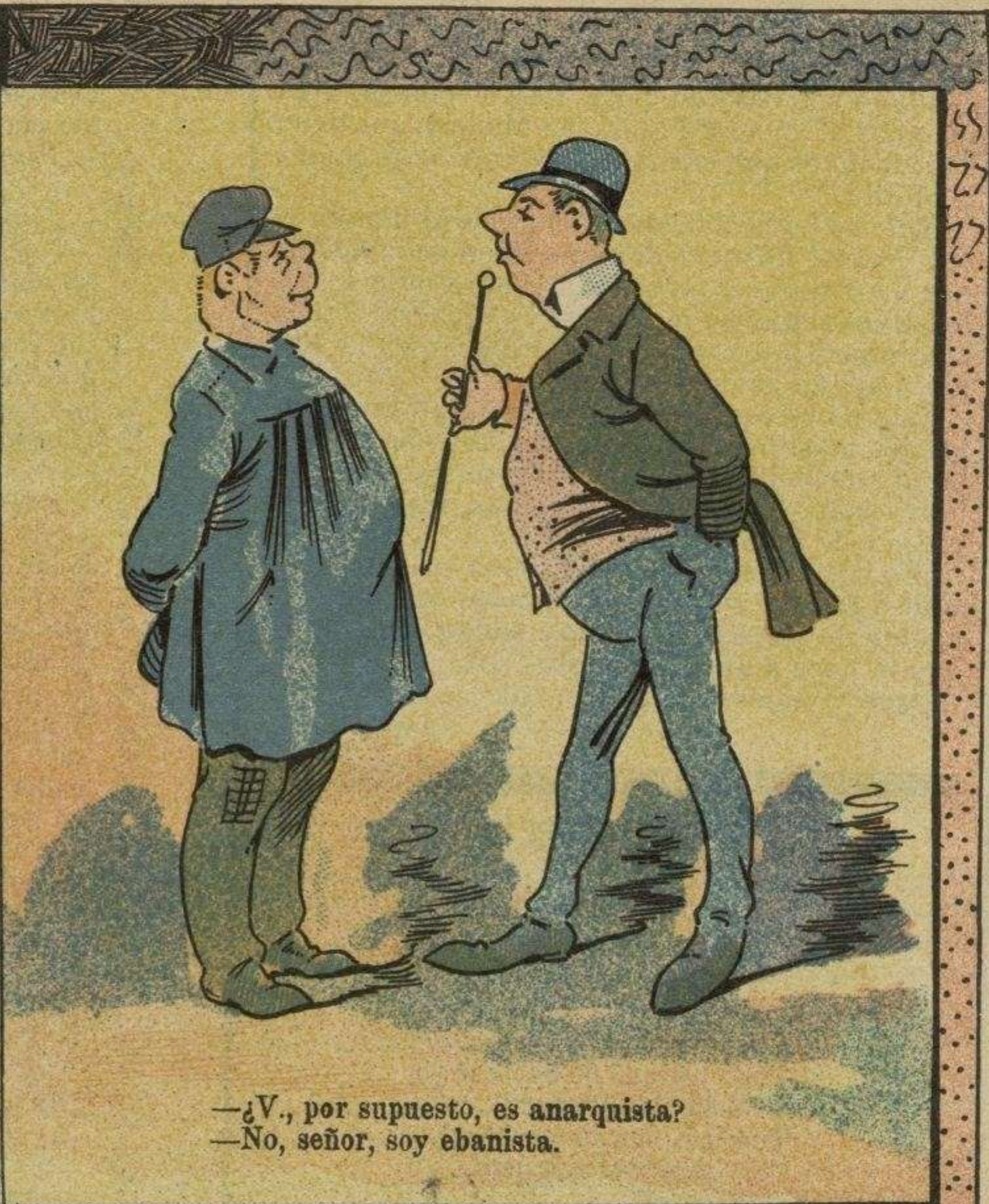
y con burla me miraban...

¡Los infames no sabían

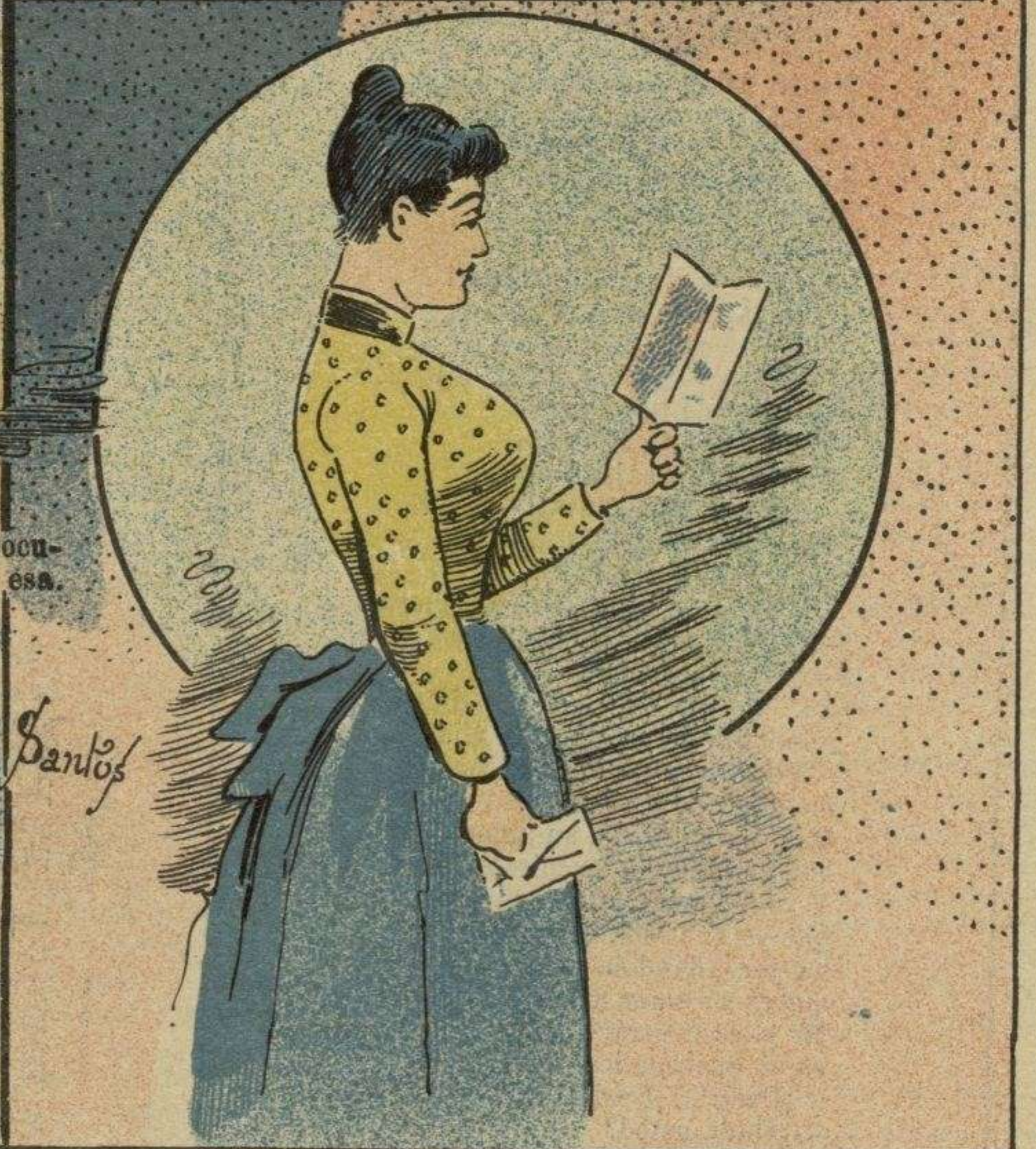
55
27
27



...sos tres mil reales que acabo de perder me preocu-
Me falta valor para presentarme en casa de esa.
tengo humor para nada.



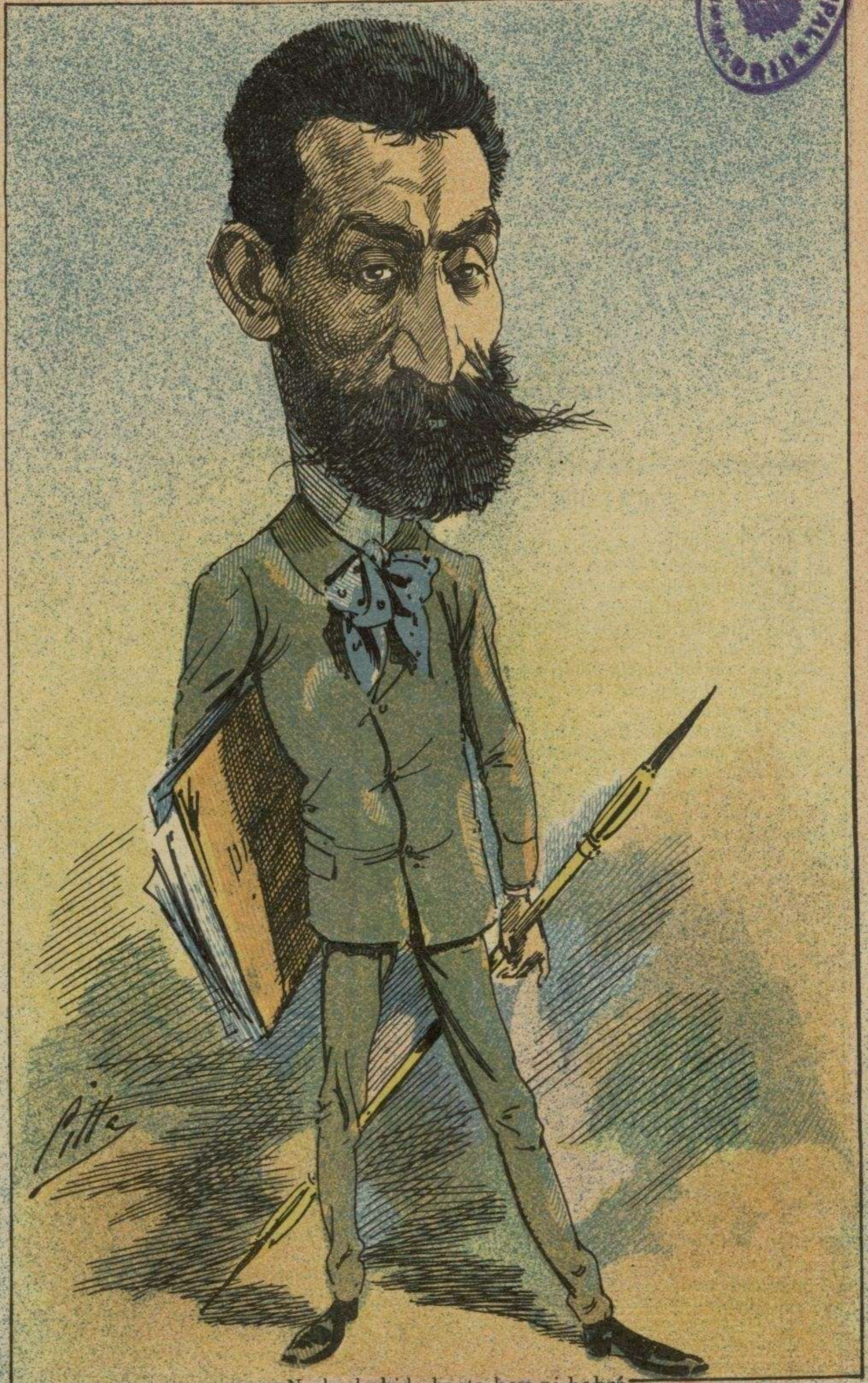
—¿V., por supuesto, es anarquista?
—No, señor, soy ebanista.



Ese animal es capaz de no venir después de
berme pedido tres mil reales para un com-
omiso.

Vamos á ver lo que le dice á la señora ese estúpido
barón de Calaguala.

J. L. PELLICER



No ha habido hasta hoy ni habrá
quien se le ponga delante;
que es el mejor dibujante
que tenemos por acá.

el daño que me causaban!
 Me invitaron á bailar,
 y el obsequio no acepté
 Me tuve que disculpar
 con que me dolía un pié
 Y uno dijo:— «¡Está muy gravel!
 » No habrá quién no se lo crea!
 » Si ya todo el pueblo sabe
 » desde hoy de qué pié cojea!»
 ¡Qué vergüenza, madre!

—¡No!

¡Alza, hija mía, la frente!
 ¡Bájela el que se burló
 —¡Qué grande fué mi sufrir!
 ¡y qué amargo mi llorar!
 ¿Porqué me dejó usted ir
 á la virgen del Pinar?
 —¡Bien te lo advertí, María!
 ¡Bien te recordé en tú afán,
 «que el que va á la romería...»
 —¡Ay madre del alma mía!
 ¡Qué razón tiene el refrán!

VITAL AZA.

TENER CARRERA

PARA quien tenga genio observador, la época presente se presta á grandes y filosóficos estudios.

Siempre he creído que en España lo peor que hay que tener es carrera.

A más de cuatro lectores les parecerá grave esto que con toda formalidad les digo.

Y sin embargo, es muy cierto y dispuesto estoy á probarlo.

Tener carrera en España, es perder el tiempo y la salud para lograr morir de hambre.

Sea usted abogado; será usted lo que son dos ó tres millones de españoles; habrá usted estudiado catorce ó quince años haciendo gastar á sus papás la cerilla de los oídos ¿para qué? para que se vea usted en el triste caso de estarse algunos dos ó tres lustros esperando que un vecino le saque los ojos á otro, ó á que un tío y un sobrino disputen sobre quién se debe quedar con los cuartos que dejó un señor don Fulano de Tal, que se murió por no enfadarse.

Sea usted médico, y tendrá que ayudar á morir á una porción de individuos cuyas familias dirán que usted mató de un golletazo al paciente; y si cobra usted las visitas será milagro.

Sea usted profesor de... cualquier cosa. Como vive usted en un piso donde el que quiere aprender no puede, y el que puede no quiere aprender, resultará que los discípulos saldrán de la cátedra tan hotentotes como entraron y el maestro se llevará la fama de estúpido y cosas por el estilo.

Sea usted literato... y no le digo á usted más. Eso lo es todo el mundo y además produce languidez de estómago.

¡Qué porvenir tan hermoso el del adolescente en el país de los toros y de las casas de préstamos!

Desengañémonos, amigo lector, vale mucho más no tener carrera.

Vale más dedicarse á buscar distritos, ó á enamorar viejas, que es cosa de gente fina y ayuda á la digestión por de pronto.

Conozco millares de hombres que gozan de

consideración y aprecio, y ni en su vida estudiaron leyes ni saben á punto fijo si deben escribir *Cristo* con Q ó con S mayúscula.

Les he visto cruzar los salones con la cabeza erguida y unos cuellos muy tiesos, recibiendo saludos de todo el mundo, y siendo los niños mimados de todas las fiestas.

—¿Quién es ese?—preguntaba yo.

—¿Ese?—me respondían—ese es... D. Fulano.

—¿Y qué es?

—¡Oh! es... yo le diré á V... él es muy rico...

—Basta, basta; no hay que decirme más.

Y me veía obligado á exclamar como los personajes de los melodramas que rabian de celos aparte:

—¡Todo lo comprendo!

He conocido un hombre cuya historia es más notable que la de Napoleón el Grande.

Llegó á Madrid el año 48, vestido de chaqueta y con un capitalito de siete reales y medio, que ya es algo, ¿eh?

Al año llevaba levita, y leía de corrido.

A los dos años se compró una capa con embozos de felpa, y decía en el café que iba á emprender un negocio.

A los tres años era corrector de pruebas de un periódico.

A los cuatro publicó una Memoria acerca del crédito (¡del crédito, y no le conocía de vista!)

A los cinco le llamaba *La Correspondencia* distinguido escritor, publicista notable y presunto diputado.

A los seis representó á un pueblo entero en el Congreso.

A los siete era gobernador.

A los ocho contratista.

A los nueve se casó con una mujer millonaria.

A los diez pidió una autorización para hacer un ferrocarril.

A los once enviudó sin saber cómo.

A los doce se hizo un palacio.

A los trece tuvo la inoportunidad de morir, dejando á su hijo una fortuna de cuarenta y dos millones.

El día de su entierro no hubo bastantes coches en Madrid para hacer el servicio público.

La prensa le dedicó grandes párrafos. «Banquero distinguido, escritor notabilísimo, hombre probo, su muerte fué como su vida.» (Y murió de gangrena.)

Pues bien, aquel hombre nunca supo quién fué el padre de las hijas de Zebedeo.

¿Para qué necesitó aquel hombre la carrera?

¿Qué hubiera sacado con romperse la cabeza estudiando?

Lo que otro exconocido mío, que vive por cierto, y que lo pasa como un príncipe.

Es otro modelo que deben estudiar los jóvenes inexpertos.

Jamás carece de nada.

Sus amigos—que pasan de seis mil—le llaman siempre Juanito.

Tiene cosas. (El hombre que tiene cosas está autorizado para todo.)

Su porte es elegante; su conversación eruditísima. Su lengua incansable.

—¿Y en qué se ocupa? me preguntará usted ahora.

—En nada; en comer, en beber, en dormir. Y todavía le falta tiempo:—¡porque los días son muy cortos!—¿Verdad que son muy cortos?

El gran secreto de mi exconocido consiste en

lo siguiente:

Vaya usted á las cinco de la tarde á verle.

Saldrá su criada y le dirá á usted:

El señorito no come hoy en casa.

Ahora dígame usted, amigo lector: ¿se necesita tener carrera para ganarse el pan y el vino y hasta los postres?

Preguntémosle al abogado, al médico, al artista, al que vive de su trabajo, si con todos sus años de estudio han encontrado en algún libro el remedio de poder comer todos los días gratis.

¡Oh! ¡La sociedad! ¡La sociedad! exclama un cómico, personaje de cierta obra bufa. Y es lo único que se me ocurre en este momento.

L. R.

CARTA CONFIDENCIAL

Te quejas, ¡oh buen Ventura!
de que te das al demonio
y la paz del matrimonio
no parece, ni en pintura.

Te casaste enamorado
(como se deben casar
las gentes) creyendo dar
con el más perfecto estado,
y no has disfrutado un día
de calma, porque tu esposa
no deja la bulliciosa
sociedad en que vivía.

Deseas que eso concluya
y pides mi parecer
porque ves que tu mujer
es de todos, menos tuya.

Yo no encuentro otra manera
más breve de aconsejarte
como quieres, que contarte
una historia verdadera.

Allá, en mi aldea, tenía
en mi casa un huertecito,
que más grande sí le habría
¡pero lo que es más bonito!....

Pues bien, en aquel jardín
crecía, envuelto en verdura,
un guindo chiquirritín.....
de medio metro de altura.

Pero ¡qué fruto! ¡si vieras!
daba en épocas marcadas
unas guindas como peras
¡tan gordas! ¡tan coloradas!

Noté un día que partiendo
de los bordes de la piedra
del muro, le iba cubriendo
con su follaje la hiedra.

¡Y estaba el tronco adornado
con la hojarasca traidora
de tal modo que, embobado,
le miraba hora tras hora!

¡Pero la hiedra era el coco!
se dijo—¡aquí que no peco!—
y el árbol, poquito á poco,
se me fué quedando seco.

Cuando yo quise poner
remedio, era cosa hecha,
¡y ya no he vuelto á comer
más guindas de mi cosecha!

Héte que al año siguiente
yo me casé con Gregoria
que era una esposa excelente

y Dios la tendrá en su gloria.

Tocante á lo enamorado
¡caracoles si lo estaba!
pero ví, recién casado,
algo que me incomodaba.

Mi mujer ¡claro! tenía
sus amigas, sus parientes,
tal cual primo, tal cual tía
y..... unos cuantos pretendientes.

Hubo, pues, sus visiteos
tertulias y reuniones,
teatros, bailes, paseos;
en fin, muchas relaciones.

Aquello adornaba mucho
como al guindo la verdura,
pero yo estaba más ducho
en cuestión de agricultura;
dí contra aquella caterva
y, allí corto y aquí rajo,
separé la mala hierba
y enseguida la eché abajo.

Dirás ¿cómo pudo ser?
Naturalmente, llevando
la contraria á mi mujer
que me creía más blando.

Los demás á voz en grito
contaron mi grosería,
pero me quedé solito
que era lo que yo quería.

Y eso se hace pronto ¿eh?
casi de recién casado,
antes de que el tronco esté
con la hiedra encariñado.

De modo que ¡ojo avizor!
y despacha en un segundo,
puesto que es mucho mejor
que riñas con todo el mundo.

Me dices en la postdata
que te da mucho que hacer
un barbilindo que trata
de agradar á tu mujer.

¡La cosa se pone oscura!
¿Con que hay también barbilindo?....

¡Corta la hiedra, Ventura,
que te va á matar el guindo!

SINESIO DELGADO.

LA PAZ DEL HOGAR



ON Timoteo Encuadernación era al parecer más bueno que el pan.

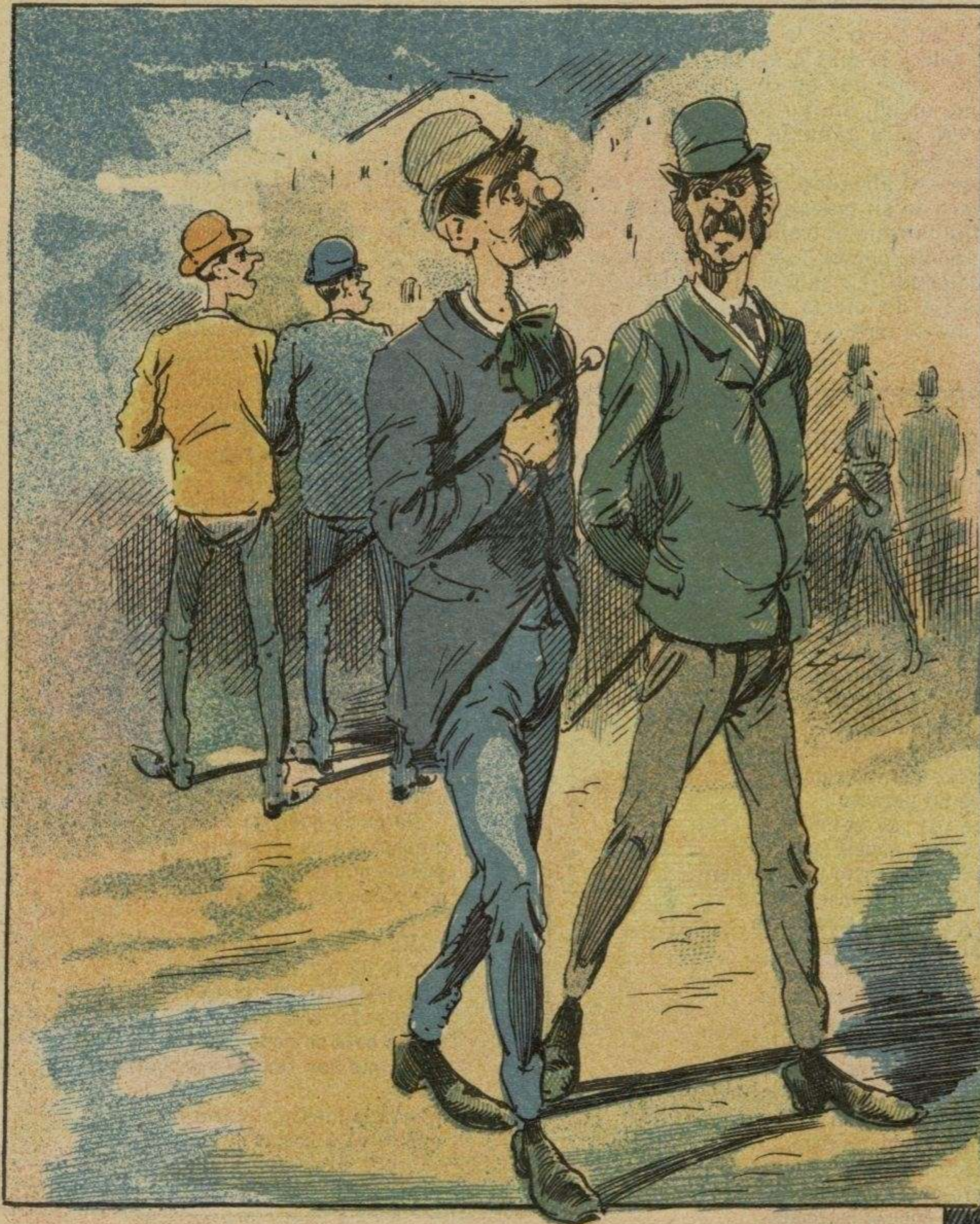
Virtuoso, económico, prudente, siempre que hablaba con nosotros, jóvenes que frecuentábamos el Casino, era para encomendarnos la moral y darnos excelentes consejos.

Sobre lo que más predicaba era sobre la paz del hogar doméstico. Cada día nos daba una ración abundante de paz y hogar.

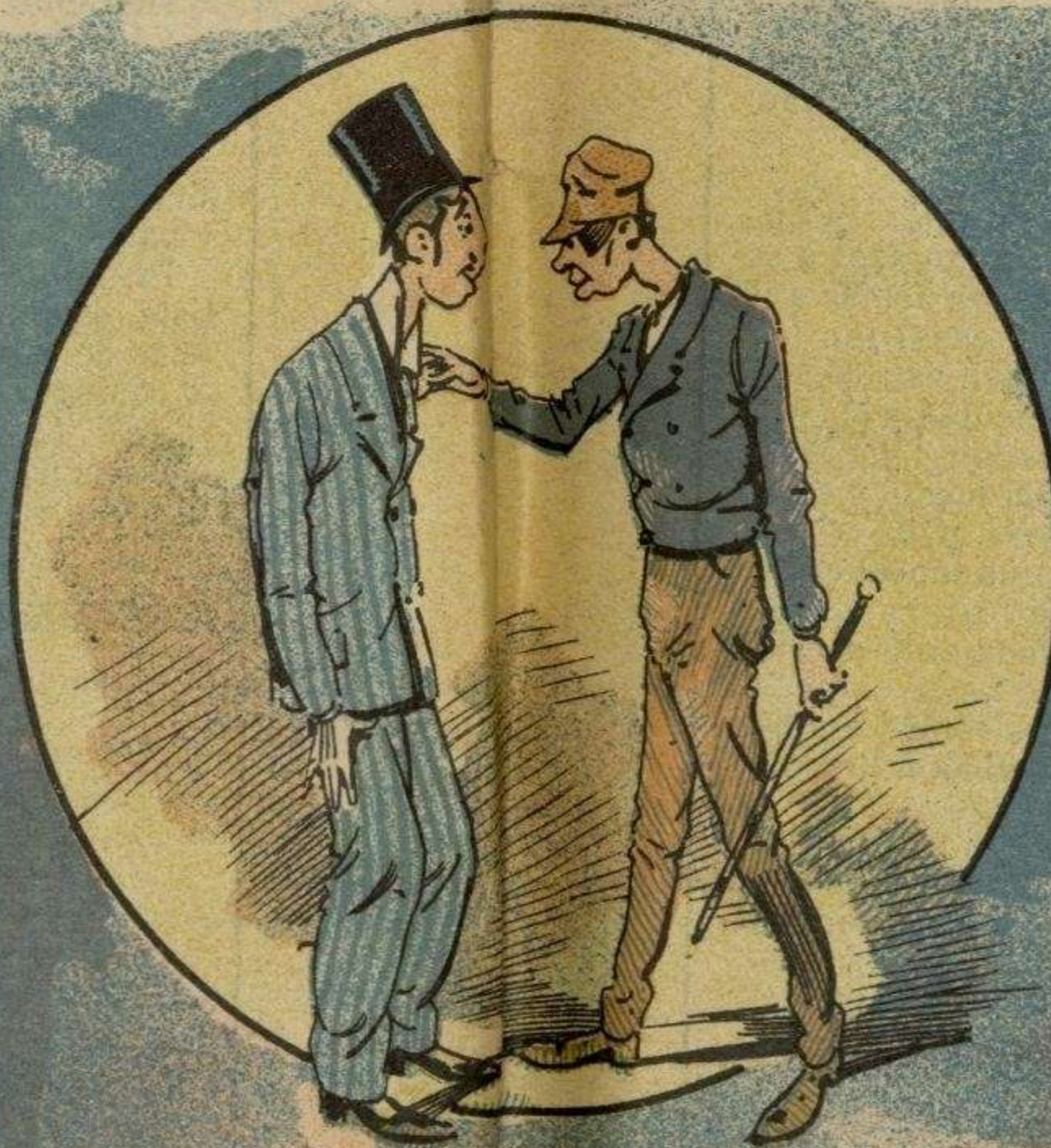
—Es que ustedes no saben, porque no se han casado todavía, lo que son las caricias de los hijos, el cariñoso trato de la esposa—nos solía decir.

—Debe ser cosa muy buena—le replicaba alguno.

—Y después ¡aquella tranquilidad! ¡aquel bienestar que se disfruta! ¡Los hijos, la mujer, los parientes, hé ahí la felicidad! ¿Que está usted



—Desengáñate, nosotros ya solo podemos hacer carrera por las mujeres.



—Mira tú, panoli, te he sto hablar con la Alifonsa y me vas á dar tres duros... Y cada z que ripitas, tres duros; y cada vez que te eche la vista encim tres duros.



¡Ajaja! ¡Qué bonita es la naturaleza cuando uno la ve á través del vino!



—¿Qué parejita será aquella?... ¡Cielos! ¡Mi mujer y su primo!.. No sé si debo embestirlos sin avisarles siquiera...



Dicen en *Los Sobrinos* que fumar un cigarrito á medias da mucho gusto. Yo prefiero fumarlos enteros.



—¡Señorita, me haría V. la limosna de un ósculo, que me estoy muriendo de necesidad!

enfermo? Pues todos se desviven por cuidarle... Siempre recibido con sonrisas, ¡siempre mimado!... ¡Ah, créanme ustedes, jóvenes amables y calaveras, cásense ustedes!

Todos respetábamos las manías del bueno de don Timoteo y así pensábamos seguir sus consejos como ir á la Meca.

A veces jugaba al billar con nosotros, y entre doblete y carambola, no dejaba nunca de repetirnos y ponderarnos las delicias del susodicho hogar.

—¡Ahí viene don Timoteo! gritaba uno.

Y todo era carreras y abandonar el salón de lectura, el billar ó el tresillo.

Sucedió, pues, que un día me hallé en casa con una criada nueva.

La tal fámula tenía la cabeza vendada y un ojo hinchado.

Supe por ella que acababa de servir en casa de don Timoteo.

—¡Cómo!—la dije—¿Ha estado usted en casa de ese caballero tan pacífico?

—¿En casa de don Timoteo? Sí, señor.

—Creo que es una excelente persona.

—Al lado de su esposa doña Venancia y de sus hijos y de sus dos cuñados, sí, señor.

—¿Cómo? ¿Tiene tan numerosa familia?

—Sí, señor, y dos ó tres parientes más que suelen parar en casa.

—Creo que allí se lleva muy buena vida.

—No, señor, siempre hay alguno en la cama.

—¿Enfermo?

—No; malo de alguna paliza.

—Recibida fuera de casa, naturalmente.

—No, señor; dentro y muy dentro. No hay día en que la casa no se convierta en un infierno. Por el menor pretexto, la arman. Aquí me tiene usted á mi medio tuerta y descalabrada por haber querido poner paz en la familia.

—¡Qué me cuenta usted! ¿Pero don Timoteo no se meterá en nada?

—¿Quién él? No hace ocho días todavía que dió en medio de la calle dos palos á su mujer, que la tuvieron que llevar á la casa de socorro.

—¡Cál!

—Lo que usted oye. Aquella casa es un reñidero de gallos. Desde por la mañana empiezan á sonar las bofetadas bajo cualquier pretexto. ¿A una de las niñas se le quema el chocolate? Pues la mamá la tira del moño; llega el marido y la emprende con las dos; acuden los parientes y se hacen una piña. Acude la vecindad, y el alcalde de barrio, y los municipales y los separan... Dos horas despues la emprende don Timoteo con un pariente... y vuelta á empezar.... En aquella casa no hay mueble sano ni un cacharro entero... ¿Qué más? ¡hasta se pegan cuando están moribundos!... Yo no estaba allí entonces, pero he oido decir que cuando doña Venancia tuvo el cólera y estuvo á la muerte el año pasado, fueron tantos los mogicones que le pegó su marido, que la hizo entrar en reacción y curó.

—¡Pero eso es peor que en *La casa de fieras!*

—Mucho peor, señorito. Yo tengo el cuerpo lleno de cardenales nada más que por ir á ponerlos en paz. Los vecinos huyen de la casa; don Timoteo ha estado varias veces en la prevención y toda la familia lo mismo. El casero quiere darles dinero porque se vayan... En fin, aquello es atroz.

—¡Cuánto me alegro saberlo!

Al día siguiente fui al casino y me encontré á don Timoteo predicando á los amigos. Llegué en el preciso momento en que estaba diciendo: ¡ah, la paz del hogar!...

No pude contenerme.

—Oiga usted, don Timoteo—le dije.—¿Consiste la paz del hogar en pegar guantazos á su mujer cuando se está muriendo? ¿en armar una batalla campal todos los días en casa? ¿en ir á la prevención por escandaloso? ¿en estropear á las criadas? ¿en aburrir á la vecindad y al casero?... Señores—proseguí—este don Timoteo es un hipócrita. Predica la paz del hogar y en su casa no hay un momento de reposo. ¿Qué mira se lleva este señor al hacernos una moral que él no practica?

Don Timoteo se quedó un momento parado, y luego reponiéndose, dijo:

—Mi ánimo ¡oh apreciables jóvenes! era que ustedes se casasen á ver si llegaban á llevar la vida que yo llevo.

—¿Y qué iba usted ganando con ello?

—Aquello que dice el dicho: Mal de muchos...

—Pues, consuelo de tontos,—agregó un compañero.

DANIEL ORTIZ

LA CALUMNIA

¡Mirad! Un niño coge
varios copos de nieve,
y en hacer una bola
tranquilo se entretiene.
¡Mas cuando ya en sus manos
la ve formada en breve,
á la vecina calle
la arroja indiferente.

A agitarla comienzan
unos cuantos pilletes,
y gozosos la empujan
al verla engrandecerse.

Y tanto y tan rueda,
que al cabo se convierte
en globo gigantesco
lo que nació juguete.

Lo mismo yo en el mundo
tornarse ví cien veces
en horribles calumnias
palabras inocentes.

La imprudencia las hace,
la maldad las impele,
y rodando, se engruesan
como bolas de nieve.

M. RAMOS Y CARRIÓN.

PARA LUEGO ES TARDE

(DOLORA)

Nace el hombre, y al nacer,
dos fuerzas de igual poder
le solicitan al par:

una le dice: ¡pensar!

otra le grita: ¡creer!

Él con aire desdeñoso,
abre su pecho al cariño
y su espíritu al reposo;
para creer, es muy niño,
para pensar, muy dichoso.

Crece, y del mundo al bogar
por el anchuroso mar
cuyo fondo quiere ver,

la duda le hace pensar,
y el desengaño creer.
Teniendo esta vida en poco,
de otra existencia al recuerdo
busca de la luz el foco....
Mas, ¿qué ha de creer, si es cuerdo?
Ni ¿qué ha de pensar, si es loco?

MANUEL DEL PALACIO.

MENTIRAS VERDADES

NINGUNA ocasión tan oportuna para presentarme á Vds., ó, mejor dicho, para describir á Vds. mi personalidad, como la que me presenta el asunto de este articulejo; porque como quiera que en él voy á tratar de una de las muchas cosas extravagantes que me acontecen, y que sospecho deben de acontecer á otros prójimos como yo (y no hay que tomar á mal la palabreja porque prójimos lo somos todos según los mandamientos, etc.) debiera comenzar por retratarme á la pluma para que todos los que esto leyeren, conozcan al protagonista. Pero siempre me ha parecido altamente cursi el describirse á sí mismo, y tonto y vanidoso por lo menos cuando tales presentaciones no las hacen los que por sus trabajos, modelos de belleza y saber, han merecido el nombramiento de *indiscutibles*.

Yo ya sé que cuando se va á tratar de una ó varias particularidades de un individuo es cuasi de cajón (cuando no preciso) describirle; pero colocada la insignificancia de mi personalidad en uno de los platillos de la balanza de la razón y la costumbre de las mencionadas presentaciones en el otro, vence la primera de la segunda y renuncio por tanto á decir á Vds. si yo (el protagonista de este artículo) soy alto ó bajo, moreno ó rubio, si gasto lentes ó no y cuántos pares de botas consumo al año, cosas que, aparte de todo, no habían de interesar á ustedes poco ni mucho. Concrétome, pues, á poner de manifiesto un fenómeno (y así lo llamo por no hallar nombre más propio al caso), fenómeno que me ha acontecido multitud de veces en mi empecatada existencia.

El caso es el siguiente: Yo cuando muchacho, me aconteció en varias ocasiones, verme precisado á fijarme en que era ya poco menos que un adivino sin desear serlo. Pero antes y para que mejor se me entienda haré un aparte oportuno y en él una confesión. Hela aquí: «Yo he sido siempre muy embustero»... No me pregunten Vds. si me he ruborizado; como estoy seguro, segurísimo, de que mis inocentes mentirijillas no han causado daño á nadie, me quedo tan satisfecho al hacer tal confesión como si nada hubiese dicho. Pero atiendan lo que voy á decirles: estoy curado ya de ese vicio que llaman feo y que yo califico de costumbre, ya que hay sujeto que miente por la cosa más nimia y sin provecho propio ni ajeno, á pesar de lo cual no dejan de ser unas excelentes personas, incapaces de faltar á una palabra formal.

El mentir, según el catedrático que tuve cuando estudiaba química, no es más ni menos que un medio de divertirse y decir algo cuando no se sabe de qué hablar; y por cierto que todavía no ha podido apartarse de mi memoria la contestación que uno de mis compañeros dió al an-

ciano profesor cuando con maliciosa sonrisa nos dijo: «Créanme Vds.; la mentira es una broma de buena ley cuando no perjudica; el mentir es un medio de divertirse» y el referido compañero agregó: «De divertirse... y de no decir la verdad». No se cuál de los dos estaría más en lo cierto. Yo opino que ambos, y conste que no digo esto en defensa mía por haber mentido en muchas ocasiones.

Pero aquí del fenómeno ó mejor aún, de mi *don* de adivino sin desear serlo. En más de cuatro ocasiones me ha pasado decir á un amigo: «Hoy he visto á *fulanito* y hemos estado hablando de *esto* y de lo *otro*» y no era verdad; yo no había hablado nada con el tal *fulanito*. Pero al día siguiente lo encontraba, y, sin que pudiera explicarme la razón, era el caso que nos poníamos á charlar del *esto* y lo *otro* á que yo me había referido en mi mentira. Después, al quedarme solo, reflexionaba y decíame sonriendo: «¡Vaya una casualidad!» Pero la casualidad se ha repetido mil veces. Si dije, por ejemplo, que conocía á determinada persona, sin conocerla, á los pocos días trababa relaciones con ella; si aseguraba haber comido ostras el día anterior, al siguiente figuraban en uno de los platos de mi comida, sin haberlas pedido; y así sucesivamente en todo género de cosas y asuntos. Crean Vds. que llegó ocasión en que temí decir una mentira ya que, para excusarme de haber faltado á una cita alegué, para que se me dispensase, que mi esposa se había puesto enferma; y al volver á mi casa, resultó que lo estaba realmente y del cólico de que yo la había supuesto víctima.

En cierta ocasión, no ya por mentir sino para ver si resultaba cierto, dije á todo el mundo que era feliz, puesto que el casero no quería cobrar el alquiler del piso que ocupó; que mi suegra había fallecido; que un vecino que por mi desgracia se dedica á dar lecciones al piano había mudado á otro barrio y que á mis chiquitines les dura siglos y siglos un par de botas. Pero ¡quía! esta vez nada resultó cierto, sin duda porque mis mentiras eran dichas adrede.

Al día siguiente de haber mentido tanto, dije *porque si* que á poco más me mata un carruaje al salir de mi casa y... ¡á los pocos minutos se me viene encima un vehículo que casi me reventaría! De aquí que me viese precisado á dejar de mentir.

Sin embargo, como siempre vence en nosotros la costumbre, de vez en cuando suelo, sin querer y en el calor de la conversación, decir alguna que otra mentira que, como siempre, se torna realidad en breve. Mis mentiras no son más que verdades venideras.

El caso que voy á referir al paciente lector, es el que, al fin, me ha decidido á consagrar algunas cuartillas al asunto en que me ocupó, por creer digno de la publicidad lo que respecto á él me acontece.

Hace dos días que, hablando en el café con unos amigos, acerca de las molestias que nos causan los forasteros, dije, no siendo verdad, que estaba dos años en mi casa una familia compuesta de matrimonio y seis hijos, los cuales seguían haciéndome víctimas de sus molestias, más penosas que las que nos causa un grano en la punta de la nariz. Pues bien, querido lector: hasta el grano ¡si! hasta el grano tengo en mi acento facial que pretende convertirse en



En las tablas no se le ve la cola, pero así que sale fuera... ¡la mar y sus arenas!



Ocho cajas al día; ocho adoradores; ocho horas de trabajo y otras ocho de ocupación.



Ocho horas de ensayo; ocho de baile; ocho reales de sueldo y..... ocho duros de gastos diarios.



—Ocho años de censantía; ocho bostezos y ocho sablazos por segundo.

M. Goussier

cesura dada la forma que debe adquirir si revienta antes de reventarme. Oh! Ayer llegaron de Valladolid y se hospedaron en mi casa un mi amigo con su esposa y ¡seis hijos! (el colmo de la calamidad).

Del sofocón que experimenté al verles entrar con cuatro docenas de fardos y baules, sospecho que me brotó como por vía de *encantamento* el maldito grano á que había aludido. Pero más que el dolor que el tal me proporciona, y el ver que mi nariz adquiere el aspecto de un violín de los regulares en tamaño, me apura el pensar que yo dije al mentir, que no había conseguido deshacerme de los forasteros en dos años y que á tal fecha todavía continuaban en mi casa. ¡Dios mío! ¿También esta vez será verdad mi mentira? Mucho me lo temo. Más: estoy casi seguro de que ha de suceder así, porque aun cuando ahora diga que ya se han marchado, como si lo viera, no se van, pues mentiré, como cuando dije que á mis chiquitines con un par de botas los tenía calzados para siglos y más siglos, esto es, á sabiendas, y ya en aquella ocasión saben Vds. que no resultó verdad, nada de lo dicho. ¡En qué mala hora menti! Haga mi bendita estrella que por esta vez no haya sido adivino de mi propia desgracia. Vengan todos los granos que la Naturaleza quiera colocar en mi desdichada nariz; pero márchense en cambio los inoportunos huéspedes, que yo juro por todo lo más sagrado no decir mentiras en todo lo que me resta de existencia.

LUIS DE VAL.

Coplas

En brazos de la esperanza
todas las noches me duermo,
y en brazos de mi patrona
por las mañanas despierto.

Los años que se malgastan
desde los quince á los treinta,
no sabemos lo que valen
hasta peinar los cincuenta.

Me llama holgazán tu madre...
¡Como si el comer no fuera
una ocupación muy grande!

Por la calle abajo llega
la moza de mi querer,
quiera Dios que no tropiece
con un mozo de cordél.

La que ha sido buena hija
será también buena madre;
¡mas cuando llegue á ser suegra
el demonio que la aguante...!

A los pájaros un día
mis penas les conté yo.
¡Si tendré yo mala sombra
que ninguno contestó!

No necesita tu rostro
que lo cubra el antifáz
pues con careta y sin ella
estás siempre en carnaval.

¡Soy tonto! ¡pues desconfía!
que, aunque á veces podré serlo,

otras muchas vida mía
me conviene parecerlo.

Voy vestido de verano
en el rigor del invierno,
pero en cambio tengo capa
cuando llega San Lorenzo.

JOSÉ CABEZA.



Hablemos de la Exposición artística que se celebra en el Palacio de Bellas Artes.

Desde los tiempos de Rius y Tauler, les ha dado á los alcaldes de Barcelona por ser unos Mecenas. ¡Es claro! ¡Como ellos no lo han de pagar!

Sin embargo, más vale que gasten el dinero de los barceloneses de ese modo, que no haciendo tarugos y otras extralimitaciones.

Nuestro aplauso por lo tanto al dueño del teatro de Eldorado, al par que alcalde de Barcelona.

El sí que puede decir que con tanto lio, lleva una pesada carga sobre los hombros.

En cuanto á la elección del Jurado, ha procedido un excelente criterio, bajo el punto de vista religioso. Han sido nombrado miembros de él personas que debieran ser cenobitas... ó cebollitas, que para el caso es igual.

Van Beers ha remitido cinco cuadros, y entre ellos uno de aquellos que hacen rugir el infierno y bramar á Satán. Los miembros religiosos del Jurado se ruborizaron y no lo querían admitir sin... sin consultar antes al obispo.

¿Quieren ustedes mayor ridiculez?

Sin embargo, esto pasa en pleno siglo XIX; y una obra de arte es juzgada por la mayor ó menor *carne cruda* que enseña al público.

Afortunadamente que la mayoría del Jurado no ha transigido y podemos admirar los cuadros de Beers.

En cuanto á los jurados místicos, debieran meter la cabeza en un saco y no asomar para nada por los dominios del arte.

Y vamos á la Exposición.

La impresión general es triste. Salvo la sala de los muertos, donde solo por ver los cuadros de Fortuny se puede pagar la peseta, algunas obras extranjeras (escasas) y un poquillo de los del país, lo demás se puede vender en pública subasta, sin miedo á hacer muchos miles de reales.

Y es que aquí queremos estirar la pierna y la sábana es corta. Dense grandes premios, facilítese el transporte de obras, nómbrase un buen jurado, y haremos un papel algo más lucido.

Mientras andemos al *racatraid* —y nuestros medios no nos permiten otra cosa— siempre haremos, no precisamente buñuelos, pero algo que se acerque un tantico.

Como pensamos ocuparnos en las obras expuestas, y hay tela cortada, por hoy no decimos una palabra más.

En otro número continuaremos, si otro material más preciso no nos obliga á aplazarlo.

Nota.—Los señores Baixeras y Llimona son los jurados que han sostenido la campaña mística en la Exposición de Bellas Artes. Debieran cambiar el pincel por el hisopo.

En el número 22 de nuestro semanario, publicábamos una caricatura con una leyenda en que se citaba á un D. Pedro Escamilla.

Ahora bien, parece ser que en Madrid hay un antiguo periodista que se llama así y nos pide que rectifiquemos.

No tenemos inconveniente.

Conste que no nos referíamos á él, y que fué un nombre que nos saltó en la cabeza, como hubiera podido suceder lo mismo con el de Pedro Sanchez, Juan Fernandez, etc., etc.

MISCELANEA

En una tienda.

—¿Estas indianas deben ser de la India?

—¡Es claro!

—¿Y estas cretonas?

—De Creta. Naturalmente.

—¿Me quiere V. montar este diamante? Pero me ha de fiar V. *la montura*.

—No, porque yo perdería luego *los estribos*.

Cantares

Como el luto es elegante,
siempre te vistes de luto;
más por lucir tu figura
que por honrar tus difuntos.

No hay ninguna mujer fea,
que al decirle en son de broma
que es bonita, no lo crea.

Siempre están en proporción
los celos con el cariño,
y por eso yo, morena,
soy tan celoso contigo.

Al morir se subió al cielo
y los ángeles al verla
lloraron de sentimiento.

Tu carbonero es sin duda
dibujante de afición,
que en tu cara, algunas veces,
hace cuadros *al carbón*.

Si es tan mala la mujer...
¿por qué en vez de aborrecerla
la llegamos á querer?

Como llevas el rostro
tan empolvado
tu madre ha conocido
que te he besado.

ANDRÉS GONZALEZ LOPEZ

—Mañana es el santo de mi tío y no sé qué regalarle.

—¿No es viejo y enamorado? Pues regálale un babero.

La siempreviva

Así una camelia altiva
de su hermosura orgullosa,
dijo con voz pretenciosa
á una humilde siempreviva:

—¿Quién eres, di, de una vez
que á mi lado te colocas
y mi desprecio provocas
con tu necia sencillez?

—Soy la desgraciada flor,
fiel emblema del quebranto,
y regada por el llanto
que tras sí lleva el dolor.

Vivo en humilde pobreza
y no sé qué es el placer,
que tan solo pude ver
en torno mio tristeza.

Lejos del ruido del mundo
y de su dicha mentida,
paso mi tranquila vida
en un ensueño profundo.

Estos son mis goces ciertos
y mis horas placenteras,
más, linda flor, si tu vieras
qué bien se está entre los muertos!!

M. LOPEZ COSTA.

—¡Vecinita!

—¿Qué se ofrece?

—Que haga el favor de asomarse los días nublados al balcón.

—¿Y porqué?

—Porque en casa tenemos reloj de sol y quiero que esos ojos me den la hora.

Un yerno pega una bofetada á su suegra. El suegro le pide en seguida *una satisfacción*.

—Eso es pedir gollerías—dice el yerno.—¡Le acabo de dar á V. una y me pide otra!

Pompa fúnebre

Cuando me cubra de la muerte el velo,
Yo no quiero aparato funerario,
Ni el bronce desde el alto campanario
Con sus redobles entristezca el suelo.

No haya esplendor, ni negro terciopelo,
Ni profusión de luz en el santuario,
Y lleven mi cadáver al osario
Sin tumulto y sin músicas de duelo.

Que caven, separando los abrojos.
Un hoyo humilde, y que al otro día
Nadie se acuerde ya de mis despojos;

Pero tú no me olvides, vida mia,
Y bañados en lágrimas los ojos,
Ven á rezar sobre mi tumba fría.

PIMPINELA.



Saetilla (Madrid).—Irá casi todo.

S. L. (Logroño).—También irán casi todos.

P. E. (Madrid).—Ya está V. complacido.



—Sebastián, me has de hacer un favor.
 —¿Cuál?
 —Avisarme cuando te vas á volver para que no me
 hagas daño con el... pelo.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
 Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.
 Cada tomo 15 céntimos en toda España.
 Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.
 Precio de cada tomo: 15 céntimos.
 Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.
 Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

CUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 10 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 43 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.